
UN HISTORIADOR DE LA POLÍTICA EN EL CORAZÓN DE LAS TINIEBLAS

A POLITICAL HISTORIAN IN THE HEART OF THE DARKNESS

HERMOSA ANDÚJAR, Antonio: *De la política a la tiranía. Salustio, Lucano, Tácito*. Barcelona, Byron Books, 2023, 218 pp., ISBN: 978-84-126521-7-8.

JOSÉ MANUEL DÍAZ MARTÍN
Investigador independiente
jm.diazmartin@gmail.com

Es posible que, después de leer el último e importante libro del profesor Hermosa Andújar, le recorra a uno una desazón que le recuerde a aquella que le invadió la tarde ya lejana en que leyó por vez primera *El corazón de las tinieblas*. Kurtz entonces, como los personajes del tablero de juego de la cosa común romana en el cambio de era que rememora este libro, nos obligan a enfrentarnos, si bien con estrategias distintas y hasta contrapuestas, al proceso de podredumbre y descomposición humana generalizada que uno y otros parecen haber decidido encabezar, pero que en el fondo sabemos, saben (“¡el horror, el horror!”) que, aun habiéndolo hecho propio, no es del todo suyo. Conrad, por su menester, debe dárnoslo encarnado: las noticias que escucha Marlow sobre Kurtz a lo largo de su trayecto fluvial pugnan ya por vestir una figura que adquiere plena realidad en el cuerpo a cuerpo para terminar por desleírse río arriba, no dejando tras de sí más que la mentira piadosa en torno al amor y un terrible testamento vagamente reflejado en papel.

El ensayo poético de Antonio Andújar, con el mismo esquema dramático clásico (planteamiento, nudo y desenlace, a cada uno de los cuales consigna un autor, un estilo: Salustio, Lucano y Tácito), nos propone el ejercicio inverso: acorrallar, a partir de todos los personajes que hace comparecer en sus páginas en un momento determinado de la historia (por ejemplo, el Afranio que pacta la paz con César, pero no el que rompe su promesa y continúa contra éste la guerra), algo así como el proceso de definición y establecimiento de la tiranía, un trono vacío -nos enseña finalmente- lentamente esculpido por el abandono del

común de los agotadores deberes de vigilancia de la acción política y de defensa de lo público (del cumplimiento de la norma, en primera instancia), que sella su suerte, como en el caso del Kurtz conradiano, en su cuasi-divino apogeo.

La tiranía no viene pensada aquí (lo que el lector se encontrará además negado de un modo radical por el autor) en la línea de la moral. Al menos, no *prima facie*. Hubo, se encarga de recordar, tiranos buenos. Como no hay tirano malo, lo hemos sugerido ya, en el que no quede un rasgo de humanidad reconocible. Sus mismos excesos la proclaman. La perfección en la tiranía, una fugaz intuición que aparece varias veces en el texto, trasciende lo estrictamente humano. Por eso, sólo se capta su esencia en la línea de la política, entendida ésta como la actividad donde se ejerce de manera más propiamente humana la libertad. No es la monarquía, sino la política, como advierte desde el título, lo que degenera en tiranía. Consecuentemente, el estudio de ésta debe prescindir por igual de –o apoyarse por igual en, en cuanto convenga a la profundización en ese estudio– las figuras concretas que designamos como tiranos y de las formas de gobierno que empleamos rutinariamente para medirnos con nuestros vecinos o antepasados. Sólo esta precaución nos puede ayudar a abrir brecha en la oscura selva en la que campa a sus anchas ese nombre, de la que queda muy lejos (como de estas páginas, por cierto) la ciudad ordenada. De ahí el valor que adquiere, para la pesquisa propuesta, el momento histórico escogido para el despliegue de sus tesis, el de la transformación de la República romana en Imperio: formas institucionales de secular tradición –derecho y cultura, a fin de cuentas– asisten impertérritas, mientras piensan sostenerse en pie, a su total demolición.

Mientras que en los textos manejados (además de los protagonistas, Cicerón y César, Séneca y Livio, Plinio y Suetonio, Plutarco y Nepote) apenas se encontrará, si es que aparecen, las palabras ‘tirano’ o ‘tiranía’. Y, así, la dimensión poética del ensayo que respira su prosa, que en tantas ocasiones atraviesa la maraña de los hechos hasta llegar al hueso de un tajo, se encuentra con la crítica: la investigación a partir de los papeles que nos han legado aquellos factores del mal común en ciernes (la esclavitud, a fin de cuentas, modo oblicuo de designar en muchas ocasiones la generalizada pereza y desidia) no acepta sin más la mentira piadosa. Y nos exige a los lectores. No sólo, vaya por delante, porque sea un texto no siempre fácil de leer (como todo lo que merece la pena, hay que aprender a hacerlo), sino, sobre todo, por su puntual invocación de personajes y sucesos hasta el

momento al margen del hilo expositivo y que llegan a adquirir un significado no siempre evidente para el lector que no se mueva con la misma soltura que el autor en ese terreno. De modo que, como en un juego dentro de otro, es un texto que nos exige continua vigilancia y atención, controlar, hasta donde llegue nuestro interés, su propio juego, implicarnos en él.

Ese esfuerzo nos recompensa con multitud de paralelos entre los hechos interpretados en el texto y el presente más o menos cercano. Pasarelas de sentido, con toda su carga de ambigüedad (carentes, pues, del ridículo gesto de esos autores que no confían en sus lectores al explicitarlas), que vuelven incómoda, por actual, la cuestión a la que se trata de responder con el texto: Cómo se pierde la libertad en un pueblo o, mejor dicho, en una civilización. Lo cual se me antoja la segunda virtud de su elección del momento histórico para hablar de su tema: plantear la tiranía, en tanto degradación de la política, como un problema civilizatorio, que no se puede circunscribir a un pueblo. El *topos* elegido para mostrar el florecimiento de esa flor pútrida, el de la guerra civil, nos desvela pronto que no es este, el de civil –en tanto se reduzca a una *civitas* y no se proyecte como *civilitas*–, el mejor calificativo para definir aquel enfrentamiento que la parte central y más extensa del libro nos desgrana de la mano de Lucano en su *Farsalia*. En el antiguo *Ius gentium*, entraba en el ser de las cosas que la derrota (o su verosímil amenaza) de un pueblo a manos de otro diera al vencedor pleno derecho a apropiarse de los vencidos como esclavos o a designar a un títere tributario para gobernar a aquel pueblo ajeno o a quien, siendo compatriota, se lo enajenaba por asumir su mando a las órdenes de tercero. Hablar de uno u otro como tiranos apenas hacía algo distinto a describir un estado natural de cosas. La debilidad militar y quizá una escasa inteligencia para gestionar sus recursos en su contexto habían sellado la suerte de ese pueblo. La magnitud del poder alcanzado por la Roma de la época descansó en su habilidad para entretener esos retazos. Pero el estudio de la tiranía que este libro nos sugiere, su uso mismo de la palabra –tan común entre nosotros–, deviene significativo precisamente –algo que demasiadas veces olvidamos– porque exige que se encarne en cuña de la misma madera: nada había más poderoso que la Roma del momento, por lo que ningún otro pueblo podía tiranizarla, sólo un *civis* que, al conseguirlo, lo hacía de toda una forma de hacer política en la que venían implicados los pueblos dominados, en los que la había insemñado. “Farsalia –afirma con rotundidad– no era sólo la derrota de Roma, era el legado de la nueva y derrotada Roma al Mundo” (p. 166).

Ese legado es el que el libro despliega a continuación, en su tercera parte, mostrándonos los frutos de aquella flor, madurados en tiempos de Tiberio, tiempos – señala– de “legitimación de la tiranía”, y en los que fácilmente reconocemos patrones de corrupción que siguen en boga entre las clases gobernantes de hoy en Occidente y en los que se miran, reproduciéndolos a escala, buena parte de los caprichosos e infantilizados individuos contemporáneos, tanto más cuanto más opulentos se creen. Lo que no debe de hacernos perder de vista la dimensión global de la tiranía que sugiere el libro (donde su consideración como anti-política significa anti-civilizatoria), que tendría las patas muy cortas si la redujéramos a tesis de descripción histórica, sobre un momento concreto (haciendo del libro exclusivamente algo así como una anatomía de la tiranía clásica romana), o a modelo conceptual para armar a disposición del análisis de la realidad actual de nuestros pequeños mundos estatales contemporáneos. Ambas son lecturas que avala el autor en su misma introducción, y, como tales, hacen merecer al libro la discusión en sus respectivos ámbitos de estudio. Pero lo que lo singulariza, a mi modo de ver, donde radica su mayor potencia explicativa, y que quizá conviniera al autor desarrollar de una manera más plena en otro trabajo, es en su capacidad para sugerirnos la proyección en la Modernidad del mismo esquema de conexión de todos esos epifenómenos tiránicos entre sí y su dependencia de otro mayor, mucho más estruendoso aunque de eficacia menos evidente sobre la (retirada de la) política y donde esta se juega realmente su ser, para hacernos sospechar si aquellos a los que hoy estamos tentados de llamar tiranos no lo serán en realidad en el sentido descriptivo ya aludido, mandados, cuyo alineamiento se daría con la verdadera tiranía, un plano superior que no es aquel al que nominalmente está destinado a servir, la comunidad política jurídicamente organizada, a la que en todo caso está llamado a alinear con su propio señor (plano de lectura en el cual resultan esclarecedoras sus referencias a autores modernos, de Maquiavelo a Gibbon, de Rousseau a Robespierre, de Hobbes a Hume, o el uso anacrónico de ciertos conceptos, como el de ideología, cuyo esquema ve nacer en la relación entre César y sus curtidas legiones).

A apuntalar esta lectura que, ya digo, merecería por su importancia una elaboración independiente y más explícita por parte del autor, con dotes, saberes y bagaje para hacerlo, viene el aspecto primordial de la primera parte del trabajo (que desarrolla como un segundo hilo en la segunda), que he dejado hasta ahora de lado y traigo para concluir: las bases ideológicas –en un sentido neutro– que hicieron posible aquella transformación. En

concreto, el papel de la moral estoica en el proceso de tiranización, que se puede detectar tanto en el momento estrictamente romano estudiado como en el origen de la Modernidad política, en su mimesis revolucionaria francesa, también apuntado a vuelapluma por el profesor Hermosa Andújar, lo cual me parece un hallazgo digno de profundización, una vez más.

Y es que resulta una hipótesis mucho más plausible, desde el punto de vista de la evidencia, que la de la génesis gnóstica de la Modernidad política que defendió Voegelin (y adoptó Blumenberg, aun convirtiendo ésta en momento de superación de aquélla). Éste debía apelar a un secreto y oscuro proceso de transmisión del gnosticismo a lo largo del medievo –magnificando, tras Lubac, el impacto de la obra de Fiore–, que daría en la peculiaridad metafísica y teológica que envolvería el paradigma de la política moderna, mientras que la hipótesis del estoicismo cuenta a su favor su abierto cultivo como muleta moral de la acción política por las clases letradas de la política que se reclama cristiana entre la segunda mitad del siglo XVI y el XVIII.

Los revolucionarios no tuvieron que buscar muy lejos ni hacer grandes disquisiciones cuando, al abandonar las máscaras de la continuidad para emprender sin tapujos la ruptura con aquel marco político que consideraban origen de los males presentes, se remitieron al pasado pre-cristiano como fuente de la verdadera política y virtud traicionadas (al modo de Cayo Mario, como expone magistralmente el libro), la cual, en su caso, ya no se daba ni se podía dar (el tiempo y la historia son así) sin las dos adherencias de última hora que explica circunstanciadamente el texto (y que impregnaron también la parafernalia republicano-romana revolucionaria, no ajena a las exhibiciones de fuerza partidista de los años 30 y 40 del pasado siglo que obsesionaron a los mencionados autores alemanes, entre otros): la moralidad estoica, esencialmente naturalista (Catón abraza a Mario), y la inmanentización de lo divino en la persona del César (y, con él, de la estructura política, proceso al que el profesor Hermosa Andújar dedica muy jugosas reflexiones), un endiosamiento anclado en el poder de la victoria presente o soñada. La religión política (su continuación) estaba ya ahí servida, que en su némesis cristiana (abierta a la trascendencia, consciente de la inferioridad del grado político de la virtud respecto al natural) había tenido acaso, y paradójicamente, su barrera de contención, poco a poco debilitada conforme apelaba al reinado de la excepción que acogería la política

moderna siguiendo a su maestra. Pero esa, si es que lo fue, es ya otra historia.